

CULTURA Y OCIO

DE LIBROS

Tres historias de desamor

RÍOS

Martin Michael Driessen. Trad. Isabel-Clara Lorda Vidal. Libros del Asteroide. Barcelona, 2019. 192 páginas. 18 euros

Manuel Gregorio González

Es el gran Aloysius Bertrand, en su *Gaspard de la nuit*, quien inaugura modernamente una forma de retrato que podríamos llamar indirecto, y cuya función no es otra que ofrecer la panoplia de lo humano a través de

episodios y cuadros donde lo anécdota deviene, resueltamente, categoría. Bertrand es, por eso mismo, el inventor de la prosa poética, amalgama puramente romántica, donde la brevedad y las partes inconexas operan, de modo paradójico, en favor de una conexión elíptica más profunda.

Este *Ríos* de Martin Michael Driessen, compuesto por tres relatos (en realidad, un relato y dos *nouvelles*), participa tanto de esa vía indirecta de acerca-

miento, cuanto de un temblor poético no exento de humor y de amargura. Las tres piezas son, por otra parte, singulares historias de desamor; esto es, de un amor que ha revertido en el odio, en el olvido o en la intemperancia. En cualquier caso, es ese nudo geográfico, estrechamente vinculado al hombre, cual es el río, el

que ha servido a Driessen para instruirnos sobre el carácter humano. En el primer relato, *Fleuve Sauvage*, nos encontraremos con un inopinado piragüista en la hora de rendir cuentas sobre su vida. En *Viaje a la luna*, son dos hombres, acaso amigos, que se ignoran y se rehuyen y se acompañan, con ayuda del silencio, durante más de medio siglo. En *Pierre y Adèle* es la gravitación de la Historia de Francia, hugonotes contra católicos, la que aflora en un regato, entre

dos familias opuestas, y en cuya ayuda acudirá un fantasma merovingio.

Son, en fin, tres historias, hermosas o terribles—hermosas y terribles—, en las que el hombre se muestra como lo que es: opaco a sí mismo, infortunado y colérico, y por completo consciente de su desdicha. Esto no excluye la posibilidad de la felicidad, naturalmente; pero sí la convierte en la excepción sobre un continuo áspero y anhelante. En este sentido, el río es la expresión, la milenaria vía donde el desconsuelo y el sueño, donde el crimen, adquieren su misteriosa forma.

